

# INDAGACIÓN CRISTIANA EN LOS MÁRGENES

UN CLAMOR LATINOAMERICANO

**DIEGO IRARRÁZVAL**



EDICIONES  
UNIVERSIDAD ALBERTO HURTADO

---

**CENTRO TEOLÓGICO MANUEL LARRAÍN**

## PRÓLOGO

Es un agrado, aunque también una responsabilidad, que Diego y los responsables de la edición de este nuevo volumen de la colección “Teología de los tiempos” hayan pensado en mí para prologarlo. De entrada, pienso que Diego es sin duda la persona más indicada, en nuestro medio, para tratar la temática que aborda el libro. Su mismo título señala los dos aspectos que son las claves de su desarrollo: Estar atento, por imperativo cristiano, a lo que ocurre en los *márgenes* de la cultura latinoamericana, para detectar ahí el *clamor* del Espíritu de Dios (Ex 3,7). A partir de esa atención al clamor surgido en los márgenes, como presencia del clamor del Espíritu, la “indagación cristiana” que Diego propone no es debida meramente a un prurito académico, sino que implica el llamado a dar el paso siguiente: “Bajar” (Ex 3,8) a ese margen para colaborar en la liberación que el Espíritu suscita.

Para lograrlo, Diego ha estructurado el libro en cinco partes. Aunque el orden secuencial no es lineal, sino circular. Diego va “dando vueltas” a la realidad profunda de una cultura “marginal” que, en realidad, ha sido “marginada” por la cultura dominante y sus medios poderosos, pero que está en el corazón de las mayorías que constituyen esos pueblos de los márgenes. Por lo mismo, el libro no pretende ser un llamado a tomar en cuenta un “nicho” cultural de interés especializado, sino que trata de constituir una interpelación para quienes participan de la cultura dominante a fin de que

tomen conciencia de las “mayorías” dominadas, cuyas “subculturas” son, por lo mismo, “mayoritarias”. Y el problema que suscita aquí Diego es que esto es verdad también para la “teología dominante”, la que tiene que abrirse a tomar en serio el significado teológico del *clamor* presente en la religiosidad de esas mayorías.

Siguiendo siempre esa intención de base, en la primera parte, el autor muestra su plena conciencia del fenómeno de la modernidad secularizada y del impacto globalizador con todas las consecuencias arrasadoras de quienes buscan por otro lado y que, por lo mismo, tienden a resultar marginados. Pero, a pesar del avasallamiento con que “bloquean nuevas rutas o incluso llevan al abismo, también existen caminos viables y cordiales. A partir del silencio y de la protesta lúcida es posible reiniciar la marcha que humaniza”. Tal como fue un camino viable y cordial el del Mar Rojo, reiniciando el pueblo bíblico la marcha humanizadora, gracias a que Dios “oyó el clamor del pueblo marginado... y bajó a liberarlo”. Así también, “con ojos y oídos atentos a las razones del corazón, ojalá se sigan replanteando las vivencias cristianas y las estructuras religiosas” (p. 6). Diego observa cómo “crece la indignación” por la expoliación de la tierra y el agua, que suscita nueva valoración de la vida (movimiento de eco-teología), como signo de estos tiempos, que permite a la Comunidad cristiana atenta “danzar una música diferente que nace de las entrañas generadoras de vida”. Un danzar que es comunitario, tal como el Padre nuestro es de un “plural rotundo e ineludible que ha sido reemplazado por plegarias individuales que, por lo mismo, tal vez sean contra-oraciones, un malicioso viraje pagano...”, citando aquí Diego I. a Gabriela Mistral. De esta manera se coloca el acento fundamental del libro; el clamor es del pueblo, y la espiritualidad cristiana

debe seguir el “bajar de Dios” hacia el pueblo que está en los márgenes, lo cual constituye, por lo demás, el corazón de la cristología: la *kénosis* de Dios que, en Jesús, irrumpe en los márgenes y acaba, así, también marginado. Sin embargo, esa inserción en la marginalidad constituye a la vez la más profunda experiencia de *felicidad*: “el mundo es feliz gracias a la creación divina y a la corresponsabilidad humana. Es, pues, impugnado el ser humano que imagina ser dueño de todo..., y es también confrontado el omnipotente antropocentrismo que se ha infiltrado en la razón, en la ciencia, la tecnología y hasta en el pensamiento religioso”.

De esta manera, el libro presenta un criterio alternativo de *felicidad*, que subyace precisamente en esas culturas “marginales”, las que, por lo mismo, se defienden contra la imposición globalizadora de una cultura dominante que amenaza con arrebatarles la felicidad experimentada en el verdadero sentido de la existencia humana, que es la “alteridad”. Desde esa perspectiva, el autor nos presenta gran cantidad de aportes teológicos de una espiritualidad elaborada en América Latina y el Caribe, cuyo contenido es precisamente el evangelio de la *felicidad humana*, no centrado en el dominio, sino en la vida compartida. Diego la denomina “Polifonía biocéntrica”, la cual “determina que el debate sobre cultura y religión no puede olvidar las mayores preocupaciones humanas: el significado del dolor, el cambio cultural, la calidad de la existencia... donde se palpa la dimensión trascendente de la existencia ordinaria”, con su “cotidiana espiritualidad”. Y concluye la primera parte abriendo la mirada evangelizadora a una nueva conciencia, puesto que “en el escenario latinoamericano de hoy, lo católico no se manifiesta como una esencia cultural-espiritual, ni es una plataforma desde la cual llevar a cabo un plan evangelizador, sino que vale, más

bien, desentrañar procesos humanos, descubriendo en ellos los signos de los tiempos y reconociendo varios modos de ser católico”.

Es desde ese marco de interés, centrado en la atención a la realidad pluricultural y plurireligiosa de los “márgenes profundos” del subcontinente, que Diego continúa, en los capítulos siguientes, describiendo las diversas formas de esa “espiritualidad cotidiana” vivida en los márgenes de la cultura e incluso la religiosidad oficial.

La segunda parte se centra en los rasgos propios de la cultura andina, colocando, en largas y documentadas notas, narraciones de mitos de la población Aymara, y luego también de la población Mapuche. Así como sus formas festivas de celebración, donde el pueblo encuentra los soportes de su existencia cotidiana, con su búsqueda de felicidad, defendiéndose al mismo tiempo de los criterios consumistas que quiere imponerle la cultura dominante. Y termina esta segunda parte con un aporte sobre “la actitud idolátrica y el alma de Chile”.

La tercera parte centra su atención en la cultura del “género”, tratando de indagar en la dimensión femenina inserta también en la masculinidad más propia de la cultura. Estudia así lo específico de cada una de las dimensiones sexuales, aunque constata que “en América Latina, pensar la fe desde la corporeidad significa hacerlo desde la vivencia de los pobres y postergados, de mujeres y de varones, de pueblos mestizos y plurirreligiosos”.

La cuarta parte está dedicada al análisis de los símbolos cristianos y marianos tal como se dan entre esos pueblos del margen mayoritario de nuestro subcontinente. Comienza, pues, preguntándose “cómo los pueblos con sus religiones ven y gozan las maravillas de Dios y la presencia de Jesucristo

en nuestro mundo... ¿En qué medida, ceremonias y fiestas constituyen ventanas que nos abren a la cristología de la población latinoamericana?”. E indaga, a continuación, en el “catolicismo popular”, tratando de descubrir su centralidad cristológica, manifestada en expresiones distintas, particularmente las de una “mariología popular”. Al respecto, habla de la necesidad de “discernir los símbolos”, puesto que “no solo vale la crítica al marianismo por su gran tendencia deshumanizante. También hay aspectos positivos”. Lo negativo del “marianismo” está en el riesgo dominador que permite mantener subyugada a la mujer, a semejanza de la “humilde esclava María”. Esa crítica al riesgo de cierto “marianismo” Diego la ve expresada en la simbólica de María mestiza e indígena, pues “al ser la madre representada como indígena, como negra o mestiza, se impugnan moldes uniformes y elitistas del rito y el pensar mariano. Además, son fortalecidos los rasgos humanos de quienes son preferencialmente amados por Dios”. Y termina constatando las diversas experiencias festivas del pueblo latinoamericano, como distintas formas del compartir humano.

La quinta y última parte del libro lleva por título “Polifonía teológica”. Y Diego hace ahí un seguimiento de los acentos más significativos presentes en las “teologías del sur”, donde se encuentran “teologías emergentes” atentas a los signos de los tiempos vividos en los “márgenes” de la cultura dominante. El principal de ellos sigue siendo la “voz de los pobres”, representados por los grupos mayoritarios indígenas, mestizos y afroamericanos del subcontinente. Aunque se abre también con empatía a los pueblos islámicos y asiáticos. Puesto que, en todos esos “márgenes” interculturales, “estalla la vida”, con la fuerza del Espíritu presente en el “silencio de Dios”.

De esta manera, en su libro, Diego nos ofrece la informada reflexión correspondiente a una realidad amplísima, invitando a hacer teología desde los “márgenes” de la sociedad, donde se actualiza, de forma privilegiada, la teología cristiana de la Encarnación.

**ANTONIO BENTUÉ**